

INTRODUCCIÓN

En uno de sus libros más autobiográficos, *Errata*, George Steiner asegura que no hay en la condición humana nada más desconcertante que el hecho de que se pueda decir algo, pero no solo a través de las palabras, sino, especialmente, al escurrirse el significado por las fisuras semánticas que comporta la infinita diversidad de los modos de interpretación. El significado, sigue diciendo, está incrustado en las alusiones, en los matices, porque el lenguaje no es ni neutro ni inocente. Y en la lección inaugural que pronunció en la cátedra de Semiología Lingüística del Collège de France en 1977, Roland Barthes insistió en que solo se puede hablar recogiendo lo que se *arrastra* en la lengua, porque esta es un inmenso halo de implicaciones, efectos, resonancias, vueltas, revueltas, contenciones. Así entendido, el lenguaje tiene que ver con la identidad o, mejor dicho, con las identidades, con las emociones, con ese genotexto que Julia Kristeva describe como la búsqueda de los incidentes pulsionales, como el tapiz de la piel, la oxidación de las consonantes y la voluptuosidad de las vocales. El lenguaje es toda una estereofonía, la articulación de los cuerpos y su manera de ser y estar en el mundo.

Este es el punto de partida del libro que el lector tiene en sus manos; a saber, que a medida que nos adentramos en la tercera década del siglo XXI, con los movimientos constantes de personas en este mundo global y la instantaneidad a la que han dado lugar las post-tecnologías, la idea herderiana del monolingüismo o de la nación-Estado pura ha dado paso, aunque todavía haya voces que se opongan, a un mundo translingüe, híbrido, en el que conceptos como los de ciudadanía, pertenencia, justicia global, hospitalidad, política de la diferencia, gobernanza o cosmopolitismo están transformando nuestro modo de entender la existencia.

Todos estos cambios, apasionantes, controvertidos, son los que refleja gran parte de la literatura de este momento, una literatura donde, como

veremos, cada palabra es un diálogo de escrituras, y las escrituras suscitan inagotables interrogantes. El primer capítulo aborda el espacio en el que suceden esas narraciones, un espacio literal y metafóricamente fronterizo, en constante vaivén, tropicalizado, heterotópico, donde tantas veces se ha hablado del otro sin el otro. Es en ese espacio del entre, Nepantla, donde se gesta la íntima relación entre lenguaje, sitio e identidad. Será ese espacio el que reflejarán los escritores translingües que ocupan las páginas del segundo capítulo: creadores de cualquier parte del mundo que no se expresan necesariamente en la lengua del lugar que les vio nacer; escritores de pertenencias múltiples, de identidades líquidas, de archipiélagos criollizados. Escritores desterritorializados, nómadas, que nos recuerdan que el lenguaje es muchos lenguajes, que cada uno de nosotros somos portadores de múltiples voces, que cada palabra trae consigo huellas de otras vidas.

Así lo demuestran los autores latinos que pueblan el tercer capítulo, al recordarnos que la escritura es el arte de plantear preguntas, que el sentido no está encerrado en una sola palabra, sino que se desborda, y que por eso la capacidad creativa debe ser infinita, palimpséstica. Mediante su particular forma de escribir, al retorcer la lengua hasta el extremo, defienden una manera de vivir entre culturas que nos obliga a pensar, más allá del monolingüismo, en la infinita riqueza de lo mestizo, en el desafío que puede llegar a ser el lenguaje si le permitimos imaginar universos, componer infinitas melodías que hagan que esté prohibido conformarnos en nuestra gayola, para que sea posible, en cambio, inmiscuirnos en los intersticios entre las sílabas y concatenar cada herida, cicatrizada o no. Así, los escritores translingües nos recuerdan que las palabras nunca son lineales, sino que están formadas por un número infinito de hilos entrelazados de los que jamás se desprende un único sentido: antes bien, van configurando espacios de múltiples dimensiones donde se concuerdan y se contrastan diversas escrituras.

Y con estos compañeros de viaje llegaremos al cuarto capítulo, en el que será ya evidente, por el camino recorrido con ellos, que los escritores que nos ocupan son también traductores, que son vidas en constante traducción, funambulistas que se arriesgan con cada palabra en un bucle de signos que conforman cruces de caminos diferentes y a la vez iguales. Como el Aleph borgiano, que contiene todos los puntos, los escritores translingües crean a base de direcciones cambiantes, de multiplicidades policéntricas, siempre

lejos de relaciones binarias entre los signos de una y otra lengua, de relaciones biunívocas entre las posiciones, y cerca en cambio de líneas de fuga y desterritorializaciones en contrapunto. Traducir a estos escritores-traductores será, como mínimo, un reto apasionante, porque, al intentarlo, nos daremos cuenta de que, al final, es a la memoria y al futuro, a la vez, a lo que nos enfrentamos.

Traducción y literatura translingüe tiene vocación polifónica, por eso he querido que las voces que me han acompañado durante este viaje, esas referencias bibliográficas que me han sugerido puntos de vista diferentes y en ocasiones contrarios entre sí, algo por cierto tan saludable como enriquecedor, sean para el lector el comienzo de nuevas perspectivas, si así lo desea. La curiosidad que mueve a la lectura es el camino más directo hacia eso que Barthes llamó “desaprender”, que él entendía como la experiencia de superar la sedimentación de los saberes que uno ha atravesado. La experiencia, en suma, de pensar críticamente, que no es sino lo que nos proponen los escritores translingües al evitar que nos puedan confundir las voces de un presente estereotipado que se agazapan tras el escurridizo diseño de la sociedad global; al animarnos a que no nos dejemos guiar por lo familiar, que siempre consuela y tranquiliza, y que nos atrevamos en cambio a perder el rumbo y a salir de la zona de confort, rompiendo la sala de los espejos de nuestros pequeños y miopes universos vallados con el fin de no ver solo el propio reflejo; que nos atrevamos, en suma, a descubrir todos esos colores que nos están esperando ahí afuera.